DE LA TRADUCCIÓN COMO UN SISTEMA DE REESCRITURA

GLORIA L. MARROCCO MAFFEI

Universidad del País Vasco/University of Exeter

En traductología se supone que los textos en general comunican algo a un receptor identificado como lector, y que este receptor está definido por la tipología del texto. Es decir, que la novela será decodificada por el traductor, o por el lector en general, como literatura y que un texto jurídico será decodificado según su tipología jurídica. Pero sucede que, al traducir, el traductor es un lector de un texto que no estaba particularmente dirigido a él y del que extrae un tipo de información que no es la habitual para todos los lectores comunes. Además es el escritor de un texto diferente del que ha leído. Todo esto no es nuevo. Nida[1] ya se había detenido en este problema —como en casi todos los problemas de traductología, por otra parte— y también García Yebra[2] advirtió la diferencia «notable entre el lector común y el lector-traductor». Para García Yebra, esta diferencia radica en una «mayor intensidad de lectura». Para Nida y Taber[3] este tema es una cuestión de competencia lingüística del traductor y ven en esta competencia de lectura un problema intrínseco a la tra-ducción. Esto es así porque tanto el traductor como el crítico de las traducciones tienen acceso al texto original, cosa que no sucede con el lector final de la traducción.

Después de Nida y Taber, casi todos los investigadores de traductología que estudiaron la relación entre comunicación y lenguaje de la traducción mencionaron de una manera u otra, el esquema comunicacional, donde más o menos se confunde al traductor o al soporte lingüístico, o ambos, con el canal comunicativo. El siguiente es el esquema de Wolfram Wilss (ligeramente modificado), en *The science of translation. Problems and Methods*,[4] que repite de manera simplificada el esquema de Nida:

decodificación (SL)		**codificación (TL)**		
Emisor1	➡	**RECEPTOR1/ EMISOR2**	➡	**Receptor2**

SL= *source language*, lengua de partida, lengua original desde la que se traduce.
TL= *target language*, lengua de llegada, lengua de la traducción.

---

[1] Eugen A. Nida: *Towards a Science of Translating. With Special Reference to Principles and Procedures Involved in Bible Translating*, Leyde, E. G. Brill, 1964.

[2] Valentín García Yebra: *Teoría y Práctica de la Traducción*, vol. I, Madrid, Gredos, 1982, 31.

[3] Eugene A. Nida y Charles R. Taber: *The Theory and Practice of Translation*, Leyde, E. G. Brill, 1969, 23.

[4] Wolfram Wilss: *The science of Translation. Problems and Methods*, Tubinga, G. Narr, 1982.

Centro Virtual Cervantes

El receptor 1 y el emisor 2, en el centro del esquema, son dos personajes actuados por un mismo actor, el traductor. Aunque esto parece una obviedad, desde el punto de vista de la investigación en traducción es muy importante, porque es precisamente ése el momento donde tienen lugar los procesos de la traducción.

En el esquema anterior la frase «decodificación (SL)» y «codificación (TL)» que describe la actividad del traductor se refiere al código de la lengua y a lo que ella codifica, e. d., lo que es extralingüístico (instituciones, cultura, sociedad, géneros). De ese modo, las operaciones de traducción continúan siendo operaciones lingüísticas y la actividad del traductor continúa siendo una actividad lingüística de decodificación y posterior codificación que en los hechos no es objeto de investigación especial. De ese modo las operaciones de traducción continúan siendo lingüísticas, estudiadas por la lingüística y por las disciplinas asociadas a la lingüística, porque el objetivo del análisis continúa siendo el producto lingüístico traducción y no los procesos que llevan al producto.

Sin embargo, como hemos dicho antes, la traductología ha reparado en un paso, que caracteriza como previo a la traducción, y que es la lectura. El problema aparece porque esta operación de lectura no tiene una especificidad clara. Si bien se menciona la lectura, este proceso en sí no tiene ningún desarrollo posterior. Se la considera del mismo modo que se la considera en lingüística, e. d., una operación de decodificación o de desciframiento. Un hecho tan necesario como natural y que no reviste consecuencias teóricas. Se menciona la lectura como lo obvio, no como lo que articula los procesos de la traducción.[5]

La escritura, que sería el otro momento que tiene lugar en el centro del proceso comunicativo de la traducción, según el esquema de Wilss, tampoco tiene consecuencias teóricas porque, tácita o explícitamente, el modelo lingüístico omnipresente en traductología es el modelo saussureano que considera la escritura como un sistema de notación secundario o terciario, que reproduce más o menos fielmente los sonidos de la lengua, e. d., el habla.[6]

Para ser breve, la traductología no ha desviado su atención de la lingüística del signo y de una teoría de la comunicación que se sobreimprime al modelo lingüístico sin tener en cuenta que ambos modelos describen sistemas y procesos diferentes. Además, la traductología no toma en cuenta los procesos cognitivos que articulan su objeto, la traducción. La traductología, elabora sus teorías dentro de paradigmas lingüísticos que se mueven en torno a la interpretación, la hermenéutica, y las consideraciones de estilo. Sólo la lingüística generativa transformacional introdujo ciertos atisbos de estudiar procesos y no productos, pero la aplicación del modelo generativo transformacional a la traductología tiene las mismas limitaciones que su aplicación en lingüística. Sin embargo, la diferencia cualitativa que el estudio de procesos introduciría en traductología sería enorme. Estos procesos cognitivos no tienen en cuenta la información en sí de una comunicación sino el tratamiento que sufre esa información.

---

[5] Gloria Marrocco: *Thesis Report*, Exeter, Univ. of Exeter, 1991. «Traducción, Lectura», en *Actas del Primer Congreso Internacional de Traducción*, Bellaterra, Univ. Autónoma de Barcelona, 1992.

[6] Ferdinand de Saussure: *Cours de Linguistique Générale*, Paris-Lausana, Payot, 1916 y Eugene A. Nida, o. cit., 30.

V ENCUENTROS COMPLUTENSES. Gloria L. MARROCCO-MAFFEI. De la traducción como sistema de reescritura

Centro Virtual Cervantes

La hipótesis sobre la traducción como un sistema de reescritura se basa precisamente en analizar los procesos de traducción abandonando, por lo menos parcialmente, la lingüística y las disciplinas interpretativas en general, además de la teoría de la información. Esta doble cualidad del traductor como lector-escritor, que aparece en el cuadro de Wilss, pero que ya aparecía en un diagrama exhaustivo de Nida y Taber,[7] es lo que concentra mi atención. El traductor es un lector que tiene acceso al texto original y que, además, produce un texto escrito, diferente del original, para ser leído por otros lectores que no conocen ni tienen acceso al texto de partida.

La hipótesis se enunció aproximadamente en su forma actual en 1991[8] (Marrocco, *Thesis Report I*), al leer un texto donde Bertrand Russell[9] enumera los logros que deciden la existencia de las matemáticas modernas. Entre esos logros menciona la definición de los números cardinales enunciada por Frege en 1884. A renglón seguido, casi como anécdota, Russell dice que es muy extraño que nadie hubiera leído la definición de Frege hasta que él lo hizo, dieciocho años más tarde. Evidentemente, la definición de Frege estaba en el texto, pero ¿por qué nadie la había leído antes de que Russell lo hiciera? La respuesta, casi perfecta, pero aún muy difícil de «leer y reescribir» desde nuestra perspectiva, la da el mismo Russell en el mismo texto. Russell escribe que ha sido muy extraño que, a pesar de usar los números durante miles de años, nadie haya sentido la necesidad de definir el concepto «número», y menos aún definir el concepto de una clase particular de números (los números cardinales, por ejemplo). Desde nuestra perspectiva es la necesidad, o el saber sobre la existencia de una necesidad, lo que lleva a Russell a «leer» la definición en Frege y reescribirla para que pueda ser leída.

Supongamos por un momento que el texto de Frege fue leído en alemán o traducido a muchas lenguas inmediatamente después de publicado. Supongamos también que el texto alemán o esas traducciones fueron leídas por todos los especialistas, de Europa al menos, durante los siguientes dieciocho años que menciona Russell. Si la lectura y la escritura que se producen en el medio del sistema comunicativo (ver cuadro) fueran producto de una lectura «intensa» (García Yebra) y que consideraremos como sinónimo de lectura cuidadosa y exhaustiva, o fueran un proceso que requiere de una capacidad innata al traductor (Nida), cualquier lector especializado y todos los traductores deberían de haber leído y traducido la definición existente en el texto de Frege. Y esto, obviamente, no tiene nada que ver con el coeficiente intelectual de los lectores. Pues bien, es posible que no fuera así y de hecho no fue así. Pero también es posible que tengamos que suponer que el texto, mal llamado «original», necesite de otro tipo de operaciones, de orden cognitivo, para poder encontrar los lugares significantes del texto y para poder ser leído y traducido.

Desde el punto de vista del texto, estas operaciones de orden cognitivo podrían ser estudiadas como se estudia una poética. Sugiero que se tome esta afirmación con cautela y sólo a los efectos de relacionar lo que no conocemos con un marco de

---

[7] Eugene A. Nida y Charles R. Taber, o. cit., p. 22.

[8] Menciono esta fecha porque en 1992 apareció el texto de André Lefevere que también describe una hipótesis de reescritura.

[9] Bertrand Russell: «Logical Positivsm», en Robert Charles Marsh (ed.): *Logic and Knowledge. Essays 1901-1950,* Londres, George Allen & Unwin, 1950, 379.

Centro Virtual Cervantes

referencia más conocido. Supongamos que una poética es una ley topológica, e. d., que articula un texto de manera tal que crea espacios (lugares, puntos) de sentido a través de técnicas textuales precisas. De esta manera un texto dejaría de ser un continuo de significado para conformar una discontinuidad significante. Supongamos también que la «coherencia» de un texto fuera un simple recurso retórico que crea la ilusión de continuidad textual y que no fuera más que una propiedad semántica del texto. Para simplificar, supongamos el caso de un texto formado por diez espacios (espacios *alfa*, *beta*, *gamma*...) y supongamos que los lectores están entrenados en la poética de ese texto, es decir, en una poética textual que haya establecido, por ejemplo, el canon de lectura *alfa-gamma-beta-delta*... y así sucesivamente. En el marco de esas condiciones de comunicación, cualquier otro recorrido de lectura sería necesariamente considerado no pertinente. Es decir, que el texto crearía sus propios lectores, imponiendo un protocolo de lectura. Sin embargo, cada época introduce variantes en los protocolos de lectura porque existen niveles significantes del texto que se pierden irremisiblemente, además de la influencia de las reescrituras que el texto sufre por razones ajenas a su especificidad.[10]

Si tomamos, por ejemplo, algo más cercano y altamente codificado en la serie literaria como *La Eneida*, tenemos que suponer un lector que tenía en su horizonte de lectura el programa de la épica clásica. Era un lector que ya sabía, de alguna manera, cómo leer *La Eneida*. Aunque hoy sepamos que no puede ser considerada como perteneciente a la misma poética de Homero, la reconstrucción de la serie de esa lectura aún puede codificarse para las épocas posteriores como un subconjunto de la épica que ya no es oral, por ejemplo. Sin embargo, un adolescente contemporáneo que no haya tenido contacto literario con las culturas clásica y cristiana se podría preguntar, por ejemplo, cómo es posible que Eneas pueda ser tan desalmado como para perder a su mujer en el incendio, y no dedicarle un sólo verso de dolor y tampoco hacer nada por salvarla. Habría algo así como una inconsistencia textual puesto que el epíteto de Eneas es *pius*, traducido al castellano por «piadoso». Después de un breve recorrido por el texto ya será más claro el panorama de las relaciones de Eneas con sus mujeres. Pero, sin embargo, esta actitud de «lectura extemporánea» digamos, inauguraría un recorrido de lectura[11] de *La Eneida* que no existía antes de la época de nuestro adolescente. Un recorrido de lectura que no respetara el protocolo de lectura de la épica podría ser un recorrido no pertinente. Y, sin embargo, podemos hacerlo y, de hecho, se hace. Efectivamente, el lector profesional[12] sabe que el placer de su encuentro con los clásicos radica más en el encuentro mismo que en la novedad, y, sin embargo, cada nueva lectura —en el sentido que se propone aquí— produce una reescritura nueva, aunque no se escriba empíricamente sobre papel. Sin embargo, si se tradujera *La Eneida* para el lector no-profesional, este proceso de lectura y escritura que lleva a cabo el traductor, se realizaría sobre

---

[10] André Lefevere: *Translation, Rewriting, and the Manipulation of Literary Fame*, Londres, Routledge, 1992.

[11] M. Serres: «Discours et Parcours», en Claude Lévi-Strauss (ed.): *L'Identité*, Paris, Grasset, 1977.

[12] J. Hillis Miller: «Presidential Address 1986. The Triumph of Theory, the Resistance to Reading, and the Question of the Material Base», en *Publications of the Modern Language Association*, 102, 1987, 281-291 y André Lefevere, o. cit.

V ENCUENTROS COMPLUTENSES. Gloria L. MARROCCO-MAFFEI. De la traducción como sistema de reescritura

Centro Virtual Cervantes

los pecios del texto, sobre los restos textuales que se salvaron de la usura del tiempo y que hoy pueden ser consumidos por los lectores modernos no-profesionales, que ya no participan de la poética de la poesía épica. Esta lectura-reescritura del traductor que reconstruye anacrónicamente los restos de una poética, no se realiza sobre ningún «original», sino que se realiza sobre un texto que ha llegado a nosotros y al traductor con recorridos de lectura ya fijados por la serie de ese texto, por la historia de la civilización. Casi podríamos decir para dar con la idea, que son textos fragmentarios y reconstituidos que llegan con un enorme valor textual agregado: su reescritura.[13] Y el traductor reescribe para conformar la poética del texto de la traducción, produciendo un recorrido de lectura a través de los puntos significantes que su lector final es capaz de asimilar en su lectura. Es decir, que el traductor lee y traduce lo que ya sabe de ese texto. El traductor no puede leer ni reescribir aquello que desconoce del texto.[14] Es decir, lo que desconoce es como fue «originalmente» el texto, y lo que conoce son las necesidades de lectura de un lector futuro.

Los procesos de traducción a los que me refiero no son más que operaciones cognitivas que se efectúan sobre un material lingüístico. Las operaciones de lectura y escritura no sólo decodifican o codifican mensajes lingüísticos o extralingüísticos con marcas en el código lingüístico, como una actividad pasiva y física de recepción y emisión. Las operaciones de lectura y escritura son actividades de manipulación de los materiales. Estos materiales no son solamente los materiales textuales sino también los materiales cognitivos que el traductor pone a prueba en su trabajo. Es esta manipulación la que produce el nuevo texto. Finalmente las operaciones de lectura están controladas por la lengua del traductor. Pero cuando hablamos de la lengua del traductor nos referimos a todas las variables que determinan esa lengua en la traducción profesional, e. d., las instituciones, las políticas lingüísticas del país, las políticas terminológicas y las sobredeterminaciones técnicas.[15]

En traductología, que es una disciplina que forma parte de la lingüística aplicada, y que por lo tanto recibe la epistemología de una teoría lingüística, se ha tenido a bien mencionar casi siempre la complejidad de su objeto traducción. Pero esta complejidad no se ve como sistemática, es decir, con las características de un sistema complejo[16] sino que se la estudia desde el punto de vista de la interdisciplinariedad. Pero, la interdisciplinariedad que aparentemente estudia un objeto desde diferentes puntos de vista, en realidad construye objetos diferentes, para dominios teóri-

---

[13] André Lefevere, o. cit.

[14] J. Cummings: «Cognitive/academic language proficiency, linguistic interdependence, the optimum age question and some other matters», en *Working Papers on Bilingualism*, 19, 1979, 121-129. «Interdependence of first- and second-language proficiency in bilingual children», en E. Bialystok (ed.): *Language Processing in Bilingual Children,* Cambridge, Cambridge U. P., 1991, 70-89. J. Cummings y M. Swain: «Analysis-by-rhetoric: Reading the text or the reader's own projections? A reply to Edelsky *et al.*», en *Applied Linguistics*, 4, 1986, 23-41.

[15] Un ejemplo obvio de sobredeterminación técnica es la del traductor de cine que tiene una cierta cantidad de espacios en la pantalla para introducir la traducción. Aunque el guión de una escena tenga un largo diálogo, el traductor sigue teniendo una cantidad limitada de espacios para la traducción y, por supuesto, resumirá, adaptará, modificará en virtud de esa restricción técnica de espacio en la pantalla.

[16] L. A. Zadeh y E. Polak (eds.): «System Theory», en *Inter-university Electronics Series*, vol. 8, Nueva York-Londres, McGraw-Hill, 1969.

Centro Virtual Cervantes

cos diferentes. Así, el modelo que la lingüística tradicional, ya sea saussureana o chomskiana, presta a la traductología, es un modelo que implica un sistema linear, de fenómenos sucesivos. Del mismo modo, la teoría de la información o de la comunicación provee a la lingüística, y a través de ella a la traductología, con un modelo que describe otro sistema lineal que se superpone al anterior para dar cuenta del recorrido y calidad de la información. Pero el modelo cibernético, que sólo se ocupa de lo no redundante,[17] sólo medirá las señales que probabilísticamente son impredecibles y estudiará los canales por los cuales este flujo de mensajes va a pasar. Sin embargo, al superponerse el modelo cibernético al modelo lingüístico se tiende a olvidar que no son significados los que se analizan sino significantes. En cambio, la traducción vehiculiza conceptos, significados.

Ahora, si volvemos al esquema de Wilss que mencionamos al principio, veremos que no hay teoría lingüística ni comunicacional que pueda dar cuenta del proceso doble que realiza el traductor. Por un lado el traductor no es el lector de la traducción (*target reader*), puesto que tiene acceso al texto original. Por otro lado, el traductor no sólo es un lector privilegiado, sino que además produce un nuevo texto escrito. Como el ejemplo de Russell y Frege parece indicar, la lectura no es un arte detenido, rudimentario, que practica un anacronismo deliberado y atribuye intenciones al autor que no figuran en el texto. Si las intenciones estuvieran en el texto todos, o casi todos, serían capaces de leerlas. Sin embargo, sólo aquéllos que posean la clave de la «poética», es decir aquéllos que lean el concepto que articuló el texto desde la perspectiva de su propio proceso cognitivo, podrán reescribirlo a través de la lectura, pero siempre como producción de un texto diferente. En el ejemplo de Russell y Frege, es la reescritura de los principios de las matemáticas lo que permitirá a Russell reescribir la definición de los números cardinales, que es uno de los mayores logros que hoy se adjudica a Russell y no a Frege. Aunque sin Frege, esos principios que Russell reescribió con Whitehead no hubieran sido posibles. Es la lectura lo que constituye los procesos de la traducción, y la lectura es, en el mismo acontecimiento que la funda, una reescritura que produce el texto de la traducción. Desde este punto de vista, la traducción, tradicionalmente considerada un objeto lingüístico, debería comenzar a deconstruir un malentendido que impide encontrar la sistematicidad que le es propia. Esta sistemacidad no es la sistematicidad de la lengua ni la de la teoría de la comunicación. Es una sistematicidad compleja en principio, porque tiene un elemento social, por así decir, que es el texto, y un agente humano, el traductor profesional, y ambos sistemas dependen en cierta medida de las instituciones que organizan la circulación de las traducciones. A pesar de la fijeza que se le atribuye a los textos escritos, confundiendo la fijeza del alfabeto con la variabilidad de la lectura, los textos también son variables y su supervivencia histórica depende de ello. En el sistema del lector tampoco hay estabilidad. Cada lectura puede realizarse a partir de recorridos textuales históricos diferentes sin apartarse de los protocolos de lectura impuestos por el texto. Así estos dos elementos, texto y lector-escritor-traductor, entran en relación en un solo punto, la lectura, y es allí donde cada sistema, y sus subsistemas, introduce modificaciones que no son mensurables *per se* en el producto final.

[17] Eugene A. Nida, o. cit., p. 125.

Centro Virtual Cervantes